

## ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS



VARIOS AUTORES. (2016). *Independencia e integración nacional (1816-2016) Dos siglos de búsquedas*. Fundación Banco Ciudad. 568 págs.

El objetivo inicial de este libro, tal como expresan sus compiladores en la introducción, fue en principio un heterogéneo recorrido por aspectos del proceso independentista argentino; pero la búsqueda de textos terminó provocando interrogantes con respecto al concepto mismo de independencia. Aún considerando el término en toda su extensión, así como sus múltiples interpretaciones, es sencillo determinar en qué aspectos podemos sentirnos libres y cuáles son aquellos que todavía, a pesar del tiempo transcurrido, se nos imponen como una incómoda deuda.

La suma de reflexiones aquí reunidas por los doscientos años de nuestra historia, realizada por el equipo de la revista *Todo es Historia* y el Instituto de Historia Militar Argentina, entre otros colaboradores, termina por darle forma a una amplio espectro de observaciones y señalamientos del festejado Bicentenario.

Los intelectuales que afrontan el compromiso de tener una mirada desde el hoy se complementan con los escritos de figuras del pasado, que formaron parte del complejo entramado en el que nuestra nación comenzó su existencia y luego su lento, y a veces errático, desarrollo.

De los muchos ensayos que componen este volumen me detengo en cinco en particular, que resultan particularmente reveladores porque nos muestran cómo el proceso de independencia se desplegó de manera paralela en frentes tan disímiles como el militar y el musical, el diplomático y el cotidiano. De esta manera, queda en claro que aun variando escenarios y protagonistas la causa común del proyecto independentista se manifestaba de múltiples formas, algunas de ellas insospechadas.

Basta decir que una de las propuestas que generaron una gran cantidad de discusiones a lo largo de 1816 fue la posibilidad de convertirnos en monarquía, de instalar un rey. El hecho de que un nuevo país que intenta librarse de una corona que lo oprime la reemplace por otra puede resultar contradictorio, pero correspondía a una corriente de pensamiento de la época. En efecto, el concepto de república estaba concebido para estados pequeños, como había sugerido Montesquieu en el *Espíritu de las leyes*, posición a la que Belgrano adhería de manera directa. Por supuesto, la intención final era, además, proseguir ligados comercialmente al viejo continente mediante al gesto de confianza que implicaba un rey europeo. Sin embargo, Belgrano volvería de Europa desanimado, luego de una búsqueda infructuosa para conseguir entre la realeza un candidato apropiado para Argentina. Fue entonces cuando se comenzó a pensar en un descendiente incaico que sirviera de nexo con nuestros vecinos del norte, Bolivia y

Perú. Esta idea que ahora parece absurda, en esa época también lo era para muchos, como atestigua una carta de Tomás Manuel de Anchorena a Juan Manuel de Rosas, en la que le manifiesta su estupor e incredulidad ante la propuesta del creador de la bandera.

Otra mención especial merecen las historias relacionadas con mujeres en tiempos de guerra y revolución. Algunas de ellas pueden definirse como emblemáticas y más allá de realizar tareas específicas que la historia supo transmitir en varias ocasiones (confección de uniformes y banderas, donación de joyas, etc.) también se conocen actos de valentía no tan difundidos. Tal es el caso de María Josefa de los Ríos quien, a pesar de estar casada con un importante funcionario español, realizó tareas de espionaje y fue depositaria de los bienes de San Martín (incluso su legendario sable corvo). Así como también María Remedios del Valle, quien combatió en el frente de batalla integrando el ejército de Belgrano, que la ascendió al grado de capitán. O el de Pancha Hernández, participante no solo de decisivas batallas de la independencia de nuestro país, sino también del Perú, bajo el mando de Simón Bolívar.

Juana de Azurduy, mientras tanto, ocupa un lugar preferencial, por ser la combatiente femenina más recordada en la guerra del Alto Perú, durante la cual predominaban la técnica de guerra de guerrillas en vez de batallas y era más común la participación de mujeres. El grupo que contaba con su presencia se hacían llamar Las Amazonas, y solían realizar ataques sorpresa desde varias direcciones utilizando armamento limitado. Azurduy llegó a pelear embarazada de su quinta hija en la batalla de Tarabuco, por la que fue condecorada. Más adelante combatió con su hija en brazos.

La historia de la creación y difusión de nuestro Himno Nacional Argentino también está envuelta en una serie de marchas y contramarchas a tono con los vaivenes políticos de la época. El creador de la letra fue el abogado Vicente López y Planes, quien no cobró pecunio alguno por su obra. Sus estrofas, por otro lado, estaban en concordancia con su admirado Horacio, que proclamaba la belleza que encierra la idea de la muerte por la patria. Hombre muy adaptable a las circunstancias, también supo redactar loas para Juan Manuel de Rosas a pesar de que su hijo (también abogado) debió exiliarse en el Uruguay por amenazas del restaurador de las leyes.

El autor de la música, Blas Parera (figura como Perera en algunos libros), español de nacimiento, es descrito como un hombre bohemio, desalineado y con una inteligencia limitada. De poco interés por la cruzada independentista, se dice que su composición le sirvió como una suerte de inmunidad en una época muy virulenta. Al mismo tiempo, las partituras originales se perdieron (Parera ya no estaba en Argentina) y fueron recuperadas recién en 1835, pero gracias a la memoria del compositor Juan Pedro Esnaola se pudo reconstruir

la música de nuestra canción patria. Se dice también que fue Esnaola quien atenuó los sonos marciales y agregó el interludio en tiempo de polca, cuando se jura con gloria morir, convirtiéndose de esta manera en el tercer y casi desconocido autor del himno nacional.

Años más tarde el himno continuaría generando polémicas y mutando para adaptarse a cada nuevo cambio. En 1893 Lucio López, nieto de Vicente López y Planes, fue el encargado de cercenar la obra de su abuelo. Quitó la estrofa que hace referencia a un león rendido para dejar de ofender a los españoles, quienes tenían la costumbre de retirarse de cada lugar donde empezaba a sonar el himno. Finalmente, la película *La creación del himno* de Mario Gallo de 1909 (paradójicamente muda) sumó confusión, al recrear con muchos errores e inexactitudes la historia de nuestra canción patria.

La hispanofobia sufrida por Parera fue un problema común que padecieron los españoles residentes en los años del fervor independentista. El mote de “mandones” para referirse a los venidos de la península se originaba en la buena cantidad de cargos públicos que ocupaban y en su predominancia en el mundo del comercio. El gobierno revolucionario, a tono con esta corriente, también cercó con medidas a los europeos, quitándoles poder político y ejerciendo un control sobre sus actividades.

Aún así y en comparación con otros procesos similares, en Buenos Aires fue menos cruento y los españoles no fueron despojados de sus empleos. Por otro lado, existía una amplia cantidad de matrimonios entre españoles y criollos y por lo tanto no se podía penalizar a personas que ya estaban radicadas y asentadas en nuestro país, sin intenciones de volver a Europa.

Otro de los episodios vinculados al proceso independentista argentino mencionado en el libro tiene lugar durante la llamada guerra gaucha, librada en el norte argentino cuando los hombres comandados por Miguel de Guemes sitiaron la ciudad de Jujuy, que había sido tomada por las fuerzas realistas del Mariscal de la Serna en 1817.

Ante el asedio el enemigo se veía obligado a salir de la ciudad en busca de provisiones, donde los hombres los esperaban para combatir en forma rápida y efectiva. De esta manera, los combates se daban de forma regular, siempre con pocas bajas, pero cumpliendo su objetivo que era desgastar a las fuerzas españolas. Se recuerda especialmente el combate de San Pedrito, que tuvo una participación poco común: una compañía del regimiento de Extremadura (hombres muy experimentados que se habían enfrentado a fuerzas napoleónicas). En ese enfrentamiento, muy sangriento, contra la fuerza de elite salteña llamada Infernales de línea, el capitán Rojas (leal a Guemes) confiesa haber pasado a degüello un regimiento entero. Se trataba del mismo regimiento del que su teniente (el español Arregui) acostumbraba a decir que con

su solo escuadrón llegaría sin problemas a Buenos Aires a plantar la bandera del rey y recuperar el territorio perdido.

**Mariano González Achi**

KEOGH, Dermot. (2016). *La independencia de Irlanda: la conexión argentina*. Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador. 378 págs.

Queda en claro, desde la introducción, que la tarea de armar el rompecabezas inmigratorio irlandés de fines de siglo XIX en nuestro país supone una compleja recolección de datos y/o documentos inconexos en los cuales, muchas veces, la información es escasa o incierta. Porque a pesar de que es posible hallar varios autores que registraron el movimiento inmigratorio, ninguno parece ser un estudio estadístico concluyente, que no deje lugar a dudas.

El libro recorre una galería de personajes de nuestro pasado con sangre irlandesa; cada uno de ellos está, como puede comprobar el lector, al mismo tiempo ligado a curiosas anécdotas que forman parte de una continuidad casi imperceptible en ocasiones, pero de una importancia innegable en momentos críticos de nuestra joven historia.

Ya centrado a fines del siglo XIX, un repaso por aquellos años demuestra las implicancias de la implementación de una política inmigratoria de puertas abiertas para la Argentina, que necesitaba de trabajadores que pudieran cubrir la creciente demanda en su etapa de desarrollo como nación. Lamentablemente, su organización a veces precaria e improvisada tenía efectos que se traducían en el desconcierto, el hacinamiento y el hambre de los recién llegados. Muchas veces también se perdían vidas. Es interesante el contraste ofrecido por la prensa irlandesa, que trataba de disuadir a los nuevos colonos de su viaje augurando, de manera calculadamente exagerada, el sinsentido de un arribo a una tierra llena de calamidades.

De cualquier manera, conociendo muchas de las historias se podría decir que la suerte final de cada inmigrante dependía de su destino personal. De hecho, la obra da cuenta de irlandeses prósperos y luego ilustres que llegaron en las mismas condiciones que sus compatriotas. De forma independiente, pero con muchos puntos en común, el texto se centra en la vida de varios hombres de origen irlandés y en una palabra clave: revolución.

Como punto de partida da a conocer a William Bulfin, cronista entusiasta y escritor que supo pergeñar en sus *Cuentos de las Pampas* una suerte de versión sajona del *Martín Fierro*, o quien a partir de su idiosincrasia europea pudo construir una mirada crítica sobre Buenos Aires y, entre otras cosas, dirigir el diario *The Southern Cross*.

Pero también fue el padre de Eamonn Bulfin, otro argentino-irlandés, que luego sería un personaje importante en la propia Irlanda, a donde llegó en 1916 para participar del suceso histórico conocido como el alzamiento de Pascua. En ese episodio un grupo de revolucionarios consiguió el izamiento de la bandera irlandesa en el emblemático edificio de correo de Dublín. La sola idea de que un argentino fuera participante activo de una revuelta en Europa alcanza para catalogar esta crónica de un compatriota en el extranjero entre las más inusuales y sorprendentes.

También, destaca el papel de Laurence Ginnell, político y activista electo por el partido nacionalista irlandés, quien en 1921 llegó a la Argentina para ponerse en contacto con los nacionalistas irlandeses. Esto da una noción aproximada de la importancia de nuestro país como base de operaciones políticas irlandesas en la época.

Recorriendo las páginas del libro es fácil comprobar que la lista de los irlandeses emigrados o nacidos en nuestra tierra conforman un amplio grupo de profesiones y destinos heterogéneos. De esta manera, desfilan en cada uno de sus capítulos las historias y los nombres de mujeres como Camila O'Gorman y Cecilia Grieson, o el de Eduardo Casey, estanciero que fundó las ciudades de Venado Tuerto y Coronel Suárez.

Para el neófito este libro es una revelación sorprendente, pese a que la comunidad irlandesa no representa la mayoría inmigratoria las huellas dejadas, que aún perduran en nuestro país, hacen pensar en el significativo peso que los irlandeses tuvieron en todas las áreas.

Pero, tal vez, el mayor logro sea la variada colección de hombres y mujeres apasionados, aventureros exóticos. En la lectura de sus vertiginosas biografías se resume un puñado de historias curiosas por descubrir.

**Mariano González Achi.**